

Querido Diario:

Marcela Guijosa

Cómo se me ha juntado el quehacer este último mes. Y luego peor con tanto viaje. Uno a Morelia, para ayudar a Mariana a llevar sus cosas y a instalarse en su nueva casita. Otro, a León, a los quince años de mi sobrina Adriana. Y en el medio, la peregrinación.

Otra vez a ver al Señor San Miguel del pueblo de mi madre, San Felipe Torresmochas, Gto. Ya he escrito tantas veces sobre este pequeño arcángel, el Señor San Miguelito... pero me encanta, y vuelvo a contar y gozo repitiendo las cosas otra vez.

Yo desde el año pasado andaba con la idea fija de ir de peregrina a Santiago de Compostela. Pero no se ha podido por el pequeño detalle de los centavos. Ya fui a la Villa, que es otra peregrinación que me encanta, y que es un santuario igual de importante que Compostela, aunque haga yo siempre tantísimos corajes con la Basílica nueva tan horrible. Esa peregrinación tiene, entonces, doble mérito, porque tengo que luchar contra sentimientos muy pecaminosos como la clerofobia y el odio a los arquitectos contemporáneos.

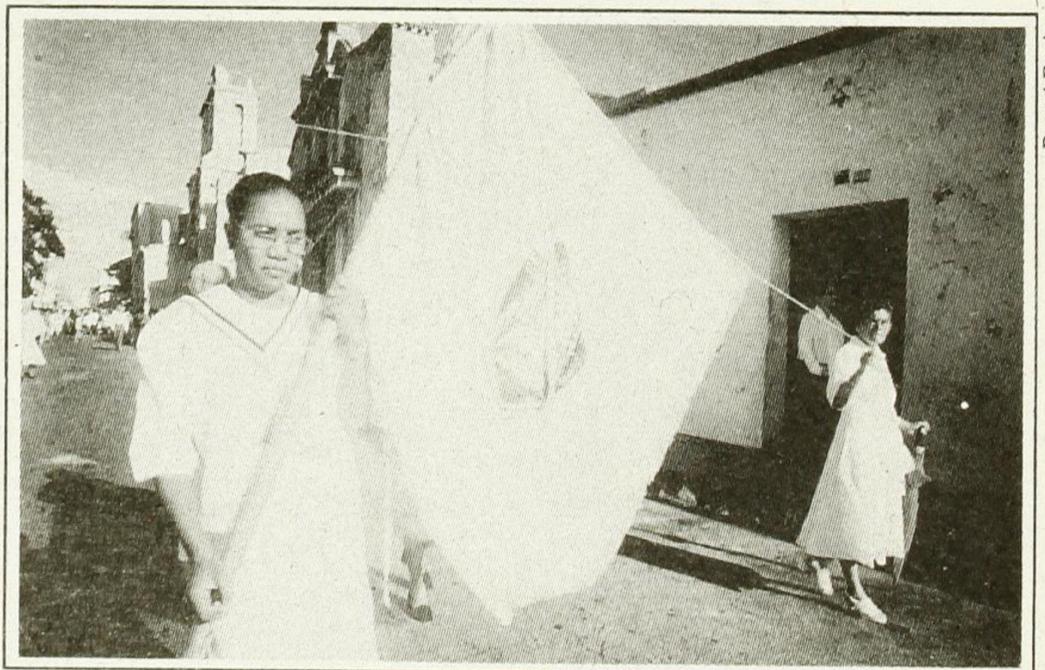
Pero este año me animé a ir a ver a San Miguelito. Hace como diez años que no iba. Le tenía que agradecer varias mercedes, sobre todo las dos casas de mis hijos: una en San Francisco, California, y otra en Morelia, Michoacán. Les costó cierto trabajo encontrar el lugar adecuado para rentar, pero por fin lo lograron.

Nos fuimos en la camioneta de Susi, en donde han sido to-

dos los últimos viajes. Esa camioneta de veras que es una maravilla, tan grandota, tan cómoda. En la mudanza de Mariana le quitaron todos los asientos y cupieron perfectamente sillas, mesas, buró, lámparas, las dos pecerotas, las tortugas cómodamente instaladas, cobijas, trastes y miles de libros. En el otro coche, piloteado por Anita y copiloteado por mí, íbamos las otras personas.

Y luego en la ida a San Miguelito, también nos llevó la camioneta y su excelente conductora. Esa vez sólo íbamos las tres muy a gusto: Susana, Anita y yo. Allá nos reunimos con mi hermana Cacho y con mi madre, y luego continuamos el viaje, juntas, las cinco.

Qué bonito y qué cansado es ir de peregrinas. Supongo que en la Edad Media los peregrinos que iban a Santiago o a los Santos Lugares vivían lo mismo que nosotras, aunque no llevaran camioneta *Voyager* ni se les calentaran-casi quemaran las balatas bajando la sierra de Guanajuato. Ellos también tendrían un cierto temor de los grandes peligros que acechaban en el camino. Y gozarían, como nosotras, la contemplación profundísima de los paisajes que se



Rotmi Enciso

van sucediendo. Nos tocaron cielos portentosos, esos cielos de allá, tan azules, con unas nubes perfectas, con atardeceres como de película. Y el campo precioso, verde y amarillo y sepia, y los manchones morados de unas florecitas silvestres que no puedes creer y que te hacen continuamente alabar al Creador.

Luego, la mirada en la carretera que se pierde en las montañas, las ansias por llegar; los ratos de aburrimiento por la larga jornada; los momentos de cansancio, de calor al mediodía en el solazo, los fríos espantosos en la noche, el mal dormir a veces, los pies hinchados y adoloridos, la mala comida en ventas y hosterías, el buen vino algunas noches, la plática sabrosa, la carcajada alrededor de la lumbre. Y la tos tremenda que me agarró: gripa con bronquitis de pecho ardoroso que de seguro pesqué entre ese gentío, en combinación con el terrenal y los cambios de clima...

Pero sobre todo la emoción palpitante al integrarte a la columna inmensa de los otros peregrinos, más pobres que tú, más doloridos, más creyentes, menos creyentes, igual de creyentes. Y llegaste y te mezclaste con el Segundo Batallón de León, Gto., y con tus hermanas caminaste lenta y devotamente dos horas detrás de un viejo campesino descalzo que cargaba como penitencia su pesado San Miguel de pasta adentro de la vitrina amarrada a su espalda.

Dos horas de sol y de tambores de los soldados ficticios y buenos porque no matan ni portan armas, porque son ángeles pobrecitos que sólo vienen a saludar a su señor general chiquitito y milagroso y entran marchando a su iglesia que se llena con el eco de los redobles del tambor y las cornetas tocando con toda su alma —porque para eso llevan ensayando meses— y el corazón se ensancha y se quiere salir del pecho y los ojos, todos los ojos, llenos de lágrimas, ven para arriba buscando al pequeño Señor San Miguel Arcángel, quién como Dios, comandante en jefe de toditos los ángeles, y las bocas se mueven y las rodillas se doblan y las almas de sus gentes le piden, le agradecen, le recuerdan, le suplican acompañados de más cornetas y más tambores que siguen entrando, y las banderas y los estandartes de todo el Bajío se inclinan antes de salir lentamente caminando para atrás por las puertas de los lados, y sólo te puedes arrodillar cinco minutos, ver al patrón cinco minutos, llevas dos días o diez horas o dos horas caminando, esperando, aguantando, y sólo puedes estar con él cinco minutos, y das tus centavos de limosnita para que a cam-

bio te den su foto, su estampa preciosa que guardarás con todo cuidado mientras te limpias las lágrimas para luego, cuando llegues a tu casa, la pongas en un marqui-

to y le prendas su veladora y te acuerdes de ese día y de esos miles de campesinos marchando marchando al ritmo de los tambores incansables, y recordarás la fila de dormidos envueltos en sus cobijas de cuadros, cansados, agotados, exhaustos pero satisfechos en la enorme galería del atrio que tiene en las paredes los retablos, los yesos, las muletas, las trenzas cortadas, los agradecimientos por los favores grandes y chicos, y luego afuera la feria, los puestos, los gritos de los vendedores, y tres o cuatro calles más allá el pueblo dormido, el pueblo viejo y polvoso, el pueblo triste y medio desierto que parecería estar muy lejos de los estruendosos ángeles de San Miguelito...

Claro que a la salida de la iglesia me compré algunas cosillas, primero que nada unas cervecitas frías por favor, y a continuación unos llaveros y un San Miguel con imán para el refrigerador y dos milagritos de latón con forma de casitas. Una olla nueva de peltre, unos calcetines de Snoopy, unos trastécitos de barro... y luego las hermosas macetas de colores...

Lo que no encontré es unos milagritos con forma de camioneta *Voyager*, ni con forma de herencia de mi madre, ni con forma de hermanas queridas, queridas, queridas, que me acompañaron y me acompañan siempre en toditas mis peregrinaciones... *fem*



Rotmi Enciso